

empezó á invocar con el nombre de Jesus el de María, y por la intercesion de esta Augusta Madre del Redentor, ha dirigido en todos tiempos sus oraciones al Señor, conociendo el gran poder de intercesion que le ha sido comunicado.

En verdad, mis hermanos, que yo no quisiera entristeceros en este dia, que es todo de gozo y regocijo, porque le teneis dedicado á celebrar las glorias de la Santísima Virgen; pero sin embargo, y aunque sea por breves momentos, no puedo prescindir de guiar vuestra consideracion al santo monte, sobre el cual se llevara á efecto nuestra Redencion. Sí, la cima del Gólgatha llama mi atencion en este momento. Humanamente hablando, el sacrificio de María igualó casi (dice un escritor) al de su divino Hijo (1). ¿Cómo no le fué consentido el seguir á su Jesus á la tumba? ¿No parecia natural que tras los acerbos dolores que sufrió, que tras tanto padecer, entrase acompañando á su Hijo en las mansiones del Empíreo? ¡Ah, mis hermanos! María hubiera deseado morir con el Hijo de sus entrañas crucificada en la misma cruz, pero así como convenia que el Hijo muriese, convenia que la Madre permaneciese por mas tiempo entre los hombres. ¡Cuánto amor! Jesus consentia voluntariamente en morir por nosotros y ella en no morir. ¡Humanidad desgraciada! ¡Hijos del padre prevaricador, estais de enhorabuena! ¡Necesitábais un Redentor y Jesus os ha salvado! Llorábais en el desamparo del mundo y ya teneis una Madre, contraposition de la primera, que revestida de gran poder os cobijará bajo su manto. Oid al agonizante Jesus.

(1) Orsini. Historia de la Madre de Dios. Lib. XVI.

¡Hé ahí á tu Madre!... Voz divina de los lábios del que siendo nuestro Dios y nuestro Redentor es ya tambien nuestro hermano, por que esa bendita mujer que nos lega por Madre por un misterio de su amor, lo es tambien suya! ¡Cuánta felicidad! ¡Qué dicha tan inesplorable! Y esta Virgen purísima, despues de instruir á la naciente Iglesia, sube al Empíreo á colocarse á mas altura que todos los coros angélicos al lado de su Divino Hijo.

¡Amor!... ¡Poder!... ¿Qué lengua será capaz de esplicar el amor que María profesa á los que son sus hijos por voluntad de su Unigénito Jesus y el poder de intercesion que les ha sido comunicado? Unamos ambas ideas y veremos con cuanta razon la invocamos los cristianos con el consolador título de Madre y Señora de los Desamparados. Hablemos primero de su poder.

No hay, mis hermanos, mas mediador de propia autoridad y escelencia interpuesto entre el Eterno Padre y los hombres que es Jesucristo nuestro Redentor; pero este quiso que su Madre, que fué corredentora de la humanidad, fuese una medianera de intercesion para que por su mediacion le dirigiésemos las criaturas nuestras oraciones. Y si tanto hizo la Santísima Virgen en nuestro favor mientras vivió entre nosotros, si resignada con la voluntad divina tanto padeció por nosotros en la pasion y muerte de su Hijo, ¿qué no estará dispuesta á hacer ahora que reina en los cielos? Una insinuacion suya, bastó para que su divino Hijo, convirtiese el agua en vino en las bodas de Caná: ¿qué le pedirá ahora en los cielos que no consiga? Angeles y hombres y todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, dice San Bernardino

de Sena, están todas bajo el imperio de Dios, y también bajo el dominio de María: y si á los santos, que todos tienen poder de intercesion concede ó niega el Señor el objeto de sus peticiones, á María jamás le niega nada. Esta consideracion hace el Damiano, y entusiasmado de afecto y devocion, prorrumpe en estas valientes espresiones: «María acude á Dios, no rogando, sino mandando. *Accedit imperans, non rogans.*»

¡ Ah! Que yo repito con placer estas palabras que me llenan de consuelo y regocijo. Viadores en este valle de lágrimas y de miserias, no nos atrevemos á dirijirnos por nosotros mismos al Eterno, en demanda del remedio de nuestros males, y la Iglesia nos enseña con su práctica á dirijirnos á Dios por Jesucristo: por esto concluye todas sus oraciones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum.* Nos dirijimos á Dios Hijo, por que se asoció á nuestra naturaleza por el misterio de la Encarnacion: pero aun tenemos temor por nuestras culpas, y recordando que este Dios Hijo nos legó á su Madre, que si bien no tiene la *Omnipotencia que manda*, si tiene la *Omnipotencia que suplica*, como dice un sábio contemporáneo (1), á ella nos dirijimos, y en Madre tan amante fundamos nuestra esperanza. La Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, pone en lábios de la Santísima Virgen, estas palabras de tanto consuelo para los infelices pecadores: «Yo soy la Madre de la Santa Esperanza. *Ego Mater sanctæ spei* (2).»

El lenguaje de todos los padres de la Iglesia es idéntico en este punto. Todos reconocen el gran poder

(1) Muñoz Garnica, refiriéndose á *Genoude*, cita estas palabras. Sermon del Patrocinio de la Virgen María.

(2) *Eccli.* cap. XXIV, v. 24.

que á María ha sido comunicado, y parando mientes en lo tierno y amante de su corazon, aconsejan á las criaturas todas que acudan á ella con la mayor confianza, seguras de que sus ruegos no serán desatendidos por esta Madre del Amor Hermoso. Es encantador el lenguaje de San Bernardo, dirijiéndose á los que desamparados y aflijidos se ven próximos á naufragar en el mar tempestuoso de este valle de lágrimas. Compara á la Santísima Virgen con la estrella de Jacob, y dice: ¡ Oh pecador! si te vieres amenazado por la tempestad no apartes los ojos del resplandor de esta estrella. Si te vieres combatido por fuertes tentaciones, si la soberbia, la murmuracion, la envidia trata de apoderarse de tu corazon, mira á esta estrella, invoca á María. Si te turbasen los crímenes con su gran magnitud, la conciencia con sus remordimientos, el juicio con sus terrores, el infierno con la tristeza que inspira y el abismo con su desesperacion, mira á esta estrella, invocá á María.

¡Cuán dulces son, mis hermanos, estas bellas espresiones del devotísimo capellan de la Santísima Virgen! Ellas son suficientes para hacernos adquirir una grande confianza en su proteccion. ¿Quién ha invocado á esta Soberana Señora que no haya experimentado los efectos de su proteccion? ¿Quién la llamó en su auxilio que no saliese socorrido? ¿Quién invocó su nombre en la afliccion, en el desconsuelo ó desamparo que no viese remediada su necesidad? Recordad, señores, todas las ciudades y los pueblos y no habrá uno donde no os refieran algun beneficio particular recibido de Dios, por la intercesion de su Santísima Madre. Innumerables volúmenes se llenarian

si nos fuese posible referir las lágrimas que enjugó, las tempestades que serenó, las necesidades que remedió, las pruebas que en todos tiempos dió á la humanidad del amor que la profesa. ¡María! ¡Oh que nombre tan encantador y delicioso! ¡María!.... Asi esclama el desgraciado navegante que vé su buque combatido por gruesas olas que intentan sumergirle, y á la invocacion de este nombre augusto ve sucederse la bonanza y logra entrar en el suspirado puerto. ¡María! Asi repite el cautivo y ve rotas sus cadenas. Este nombre invoca el enfermo y consigue la salud; el infeliz mendigo, y logra mover los corazones en su favor. ¡Oh! Yo no concluiría nunca, porque confieso, mis hermanos, que cuando fijo mi vista en esta estrella brillante, cuando invoco su nombre, por grandes que sean mis aflicciones, todas se me convierten en dulzuras.

Sí, Reina de los cielos y de la tierra, criatura felicísima, mi corazon se liquida cual la blanda cera, cuando contemplo que siendo tan pura, tan santa, tan inmaculada, siendo madre de Dios, tambien lo sois mia. Permitidme, Señora, que lo repita para desahogar los afectos de mi amor. ¡Madre mia! ¡Madre de mi corazon!!

Sí, cristianos: María nos ama, y no puede ser por menos: ella fué exactísima siempre en el cumplimiento de sus obligaciones todas: sabe que somos sus hijos adoptivos por espresa voluntad de Jesucristo, y aceptacion suya: ¿podrá ignorar las obligaciones de una madre? ¿Y no estará siempre dispuesta á llenar estos deberes amándonos y protegiéndonos? Sí: basta llegar á la Señora para quedar abrasados en el fuego de su caridad.

Mas yo no deberé concluir este mal trazado bocetó del cuadro que nos representa su poder y su amor hácia nosotros, sin preguntar: ¿dónde está la encendida gratitud que debemos á esta Madre de Dios y nuestra, que de tal modo nos favorece? ¿Dónde está la devocion tierna y verdadera que debemos profesarla? Porque no todo el que la invoca es su verdadero devoto. Para serlo, para merecer su proteccion, se hace necesario estudiar sus virtudes é imitarlas. El que está dominado por la soberbia, el avaro, el lascivo, deteste sus vicios y llórelos antes de presentarse á implorar la proteccion de la mas pura, de la mas humilde, de la mas santa de todas las criaturas. Es un deber nuestro el que su amor crezca incesantemente en nuestros corazones, y nuestro mayor deseo debe ser el morir pronunciando su dulcísimo nombre, entregando el alma en sus manos, á fin de que la presente á Dios, interponiendo á favor nuestro su mediacion.

María, como habeis visto, tiene mas poder de intercesion que todos los santos: sus súplicas siempre son atendidas por su Divino Hijo, sus peticiones concedidas: ella nos ama y desea emplear en nuestro favor su valimiento: nadie acudió á ella que no saliese socorrido; por eso nos llama á sí, diciéndonos: En mí está toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que amais y saciaos de mis frutos. *In me omnis spes vite et vitutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini.* Ved, pues, con cuanta razon podremos llamarla con el hermoso y consolador título de Madre y Señora de los Desamparados.

Sí, cristianos: en todas nuestras tribulaciones, en

las desgracias y aflicciones del mundo, cuando la tentacion nos cerque, imploremos á esta Madre de misericordia, seguros de no ser desamparados. Tan cierto es esto que San Bernardo decia: si hay alguno ¡oh Bienaventurada Virgen! que habiéndoos invocado, haya visto defraudadas sus esperanzas, no vuelva á elogiar vuestra misericordia (1).

Sí Virgen purísima, amabilísima madre nuestra: grande es el poder que el Omnipotente os ha concedido, y grande tambien el tierno amor que nos profesáis. Por esto, llenos de la mayor confianza acudimos á vos en este dia, haciéndoos presentes nuestras necesidades, que vos Madre mia las sabeis. La España Católica, la España Mariana; esta España cuyo suelo feliz santificásteis un dia con vuestras plantas: esta nacion que os reconoce por Patrona en el misterio de vuestra original gracia, y en donde siempre y en todo tiempo habeis sido amada con entusiasmo, espera de vos, Madre mia, el remedio de los males que la aquejan. Que de una vez tengan término nuestras discordias, que reine entre nosotros la paz, que unidos todos los españoles en identidad de sentimientos trabajemos de consuno por el engrandecimiento de nuestra religion divina y verdadera y por la felicidad de nuestra patria. Cubrid con vuestro manto de misericordia y amor á nuestros monarcas, que se esfuerzan por aumentar vuestros cultos. Mirad como Madre benéfica con ojos de piedad á todos los individuos que componen esta Real Congregacion, cuya piedad y celo por vuestra gloria, os son bien conocidos: rogad, Señora, por el clero, interceder por el de-

(1) San Bern. Serm. I de Assumpt.

voto sexo, y haced que ardiendo en nuestro pecho la llama de vuestro amor, os invoquemos en todos los actos de nuestra vida y principalmente en la hora de nuestra muerte, diciéndonos: «Refugio de los pecadores, ruega por nosotros: Madre de los Desamparados, ruega por nosotros». De este modo viviremos por la gracia, para despues vivir eternamente y alabaros por siempre en las mansiones de la gloria. Amen.

CAPILLA ALFONSIANA